CONFERENCIAS PLENARIAS

CONFERENCIAS PLENARIAS

LEER Y ESCRIBIR EN LISBOA

LAUREN MENDINUETA
ESCRITORA

Quisiera compartir con ustedes parte de las impresiones que me ha dejado la experiencia de ser una escritora colombiana que ha vivido tanto en España como en Portugal. En el siglo XIX y principios del XX los escritores latinoamericanos, y muy especialmente los poetas, veían en Francia el país modelo y añoraban conocer París. Publicar un libro en París, aunque fuera costeado del mismo bolsillo de su autor, representaba una consagración inmediata en nuestros países americanos. Es natural, pues nuestro más grande movimiento literario, ese que movió los cimientos de nuestra lengua y renovó la literatura española en ambos continentes, me refiero al Modernismo, tuvo como modelo a los poetas simbolistas franceses: Mallarmé, Baudelaire y especialmente Verlaine. El modernismo surge en un momento de gran conmoción social en América pues estábamos saliendo de las guerras de independencia con bastante sudor y sangre. El nicaragüense Rubén Darío logra con su poesía renovada, musical y rebelde lo que no habrían podido hacer las armas: conquista a una España que está a punto de perder sus últimas colonias en América y Asia. Grandes escritores de la península fueron influidos por los modernistas americanos, entre ellos, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Manuel Machado y el catalán Eduardo Marquina entre muchos otros. Pero lo más importante es la popularidad que alcanzaron poetas como Darío en España.

En Portugal también se puede rastrear la influencia del Modernismo americano. Eugénio de Castro, poeta de Coimbra hoy casi olvidado, llegó a ser bastante célebre tanto en España como en América e incluso publicó un libro de poemas con prólogo de Rubén Darío. Lo que evidencia su conocimiento de la poesía modernista. En Portugal la influencia de los modernistas americanos fue poca, sobre todo por el hecho de que los poetas de este movimiento no fueron traducidos o publicados en su momento. Tan sólo en marzo de 2014 se publicó en Portugal una primera antología de poetas modernistas americanos, en traducción y selección del poeta y editor Ricardo Marques. Un libro que se abre con Rubén Darío y cierra magistralmente con el peruano César Vallejo.

A mediados del siglo XX los escritores latinoamericanos volvieron a mirar intensamente hacia España, la que todavía hoy, aunque ya con menos entusiasmo,

llamamos en América, la Madre Patria, en busca de los orígenes de nuestra lengua y también de nuestra historia. Una novela clave de este movimiento de América hacia España es la novela Cien Años de Soledad de mi compatriota Gabriel García Márquez. En Cien Años de Soledad lo que pareciera una consolidación de la imagen de América Latina, de su mitología e historia, es en realidad una metáfora de nuestra colonización y al mismo tiempo un verdadero retrato de nuestra realidad mestiza, española, indígena y negra al mismo tiempo. Y no exagero cuando digo que después del Quijote de la Mancha, Cien años de soledad es la novela más española y universal de nuestra lengua.

Luís de Camões, el poeta nacional portugués, dice en su poema más célebre *Os Lusiadas*, tras haber hecho un elogio de España y sus diferentes nacionalidades, tierra y gentes a las que considera "cabeza de toda Europa", que Portugal se halla situado "donde la tierra se acaba y el mar comienza". Me refiero a unas octavas del canto III del poema en las que su autor, además de recordar las hazañas de Hércules en el estrecho de Gibraltar y de atribuir a los descendientes del dios romano Baco la fundación de Lisboa, observa que la península ibérica "parece que quiere cerrar el mar Mediterráneo" . Y así es, lo que no significa, ni mucho menos, que Portugal, al que solo bañan las aguas de océano Atlántico, sea un país ajeno al Mediterráneo. Prueba de ello es que la sierra de la Arrábida, que se eleva al sur del río Tajo, mientras Lisboa se encuentra inmediatamente al norte del río, es una de las más características y bellas reservas de la vegetación mediterránea. Y de igual origen es también el portentoso río Tajo, al borde de cuyas arenas blancas se fue construyendo con tenacidad, y contra varias catástrofes, una Lisboa que es una síntesis perfecta y encantada de lo atlántico y lo mediterráneo. Quien conoce el río Tajo en España, reservado y angosto, mirará en Lisboa con incredulidad como la desembocadura se ensancha majestuosa y casi marítima, como queriendo imitar al océano, mientras en sus riberas se levantan barrios como la Alfama y la Mouraria que a primer golpe de vista nos recuerdan poblaciones mediterráneas.

Ángel Crespo, escritor catalán hispanohablante e hispano escribiente, gran amante de Lisboa, decía que a Portugal debía considerársele espejo de España. Y no andaba lejos de la realidad. Recordemos que no hace demasiado tiempo, Tirso de Molina en su obra "El Burlador de Sevilla", llama a Lisboa, por que así era conocida en esa época, "la mayor ciudad de España". Una ciudad a la que no pocos atribuyen una fundación más antigua que la de la misma Roma, primera entre las ciudades europeas. Y si Portugal refleja España, España también ha reflejado y refleja a Portugal. Como prueba de este juego de espejos permítanme citar un ejemplo de la literatura. Hablaré nuevamente del gran poeta de la lengua portuguesa, Luís de Camões, y mencionaré a nuestro gran poeta español Francisco de Quevedo. Para hacer evidente lo que quiero transmitirles, este juego de espejos de la literatura, tengan en cuenta las fechas de nacimiento y muerte de ambos autores.

Camões nació en Lisboa en 1524 y murió en la misma ciudad en 1580. Francisco de Quevedo nace en Madrid en 1580, el mismo año del fallecimiento del poeta portugués y muere en Villa Nueva de los Infantes en 1645.

Para respetar el orden cronológico empezaré por citar el poema de Camões en mi propia traducción:

Amor es un fuego que arde sin verse;
Es herida que duele y no se siente;
Es un contentamiento descontento;
Es dolor que desatina sin dolerse.

Es un no querer más que bien querer;
Es un andar solitario entre la gente;
Es nunca contentarse de contento;
Es cuidar que gana en su perderse.

Es querer estar preso por voluntad;
Es servir a quien vence, el vencedor;
Es tener con quien nos mata lealtad.

¿Mas cómo puede causar su favor
En los corazones humanos Amistad,
El que es tan contario de sí mismo, es Amor?

Cuando leí por primera vez este poema, la primera sensación que tuve fue la de conocerlo y haberlo leído muchas veces. Lo que para mí, que antes de vivir en Portugal poco conocía la literatura portuguesa, era sorprendente. Claro que la confusión no podía durar mucho. Este poema me recordaba a otro demasiado conocido de la lengua española y estoy segura de que todos los presentes ya saben a qué poema de Quevedo me refiero. El soneto de Quevedo dice:

Es yelo abrasador, es fuego helado,
es herida que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado;

es un descuido que nos da cuidado,
un cobarde, con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado;

es una libertad encarcelada,
que dura hasta el postrero paroxismo;

enfermedad que crece si es curada.

Éste es el niño Amor, éste es su abismo.
¡Mirad cuál amistad tendrá con nada
el que en todo es contrario de sí mismo!

En este poema de Quevedo la influencia de Camões es tal que casi podríamos decir que se trata de una traducción del poema portugués. En los siglos XVI y XVII las literaturas de España y Portugal parecían estar mejor comunicadas que hoy en día. En el pasado la comunicación entre el español y el portugués fue más o menos normal, inclusive en América. Recordemos la correspondencia que sostuvo la gran poeta mexicana Sor Juana Inés de la Cruz y con el padre António Vieira y otros corresponsales portugueses. Muchos autores portugueses, entre ellos Comões, Gil Vicente y Sá de Miranda, escribieron en español. De lo que no tengo noticias es de autores españoles que escribieran en portugués, pero con seguridad buscando con atención encontraremos algunos ejemplos. Y hay quien se pregunte, eso sí, si el Conde de Villamediana no fue un autor portugués del barroco español.

Contrario a lo que pudiera pensarse la relación de Latinoamérica con la lengua portuguesa no se da a través de los poeta brasileños sino a través de los portugueses. Los grandes poetas brasileños han tenido una influencia muy discreta en la poesía hispanoamericana. Drummond de Andrade, Murilo Mendes, Cabral de Melo Neto, Meireles, apenas sin son conocidos y leídos en el ámbito de la lengua española de América. Del mismo modo también son pocos los autores hispanoamericanos que han logrado traspasar la frontera de lengua portuguesa en Brasil. Esto se debe en parte a la escases de traducciones.

Quisiera compartir con ustedes mi pequeña experiencia como traductora del portugués. En los siete años que llevo viendo en Lisboa he traducido seis libros del portugués al español y participado como asesora en la traducción de otros cuatro traducidos en el sentido inverso. Es así como traduje a grandes poetas contemporáneos como Nuno Júdice, premio Reina Sofía 2013, Ana Luísa Amaral y Vasco Graça Moura o al narrador y poeta José Luís Peixoto y al gran poeta del siglo XX, Fernando Pessoa. Junto al mismo Nuno Júdice participe de la traducción al portugués de una antología que bajo el título de Un país que sueña, reúne 100 año de poesía colombiana y de otros dos libros de poesía colombiana, uno de Álvaro Mutis y otro de Juan Manuel Roca. El cuarto libro fue la traducción de la gran novela colombina de la selva: La Vorágine.

Aquí en Portugal me he hecho consiente de que todos somos traductores. Y es que aprender a hablar equivalente a traducir. El poeta, en particular, no es un mero transcriptor de la realidad sino un traductor, su tarea es la del niño que quiere traducir en palabras aquello que descubre en el mundo. El niño pregunta cómo se

llama esto, la madre, la maestra, el maestro, el adulto, le responde. El poeta hace la misma pregunta, la respuesta se la da la poesía. Mucho se ha especulado sobre la imposibilidad de traducir poesía, sin embargo mucha de la gran poesía que conocemos, la conocemos gracias a traducciones. La traducción es, de alguna manera, la construcción de un mundo nuevo que recrea sorprendentemente otro original, pero que no por ser una recreación deja de ser un original en sí mismo. Traducir es difícil pero no imposible. Y de alguna manera, en América Latina hemos aprendido a usar el idioma para traducir nuestra realidad.

Retomando la metáfora del espejo de Ángel Crespo, y habiendo tenido la experiencia de vivir. leer y escribir en ambos países de la península, les digo que América Latina es el verdadero y más claro espejo de la península Ibérica. Los latinoamericanos hablamos español o portugués; somos y hemos sido cristianos; nuestras costumbres, instituciones, artes y literaturas descienden directamente de España y Portugal. De alguna manera somos un extremo americano de la península, es decir, de occidente. Y esto no sólo tiene que ver con la conquista y dominación de nuestras tierras. Miremos otros ejemplos. A pesar de dos siglos de dominación europea, ni la India ni Argelia cambiaron de lengua, religión y cultura. Algo semejante puede decirse de Indonesia, Viet-Nan, Senegal, Macao y, en fin, de la mayoría de las antiguas posesiones europeas en Asia y África. Un iranio, un hindú o un chino pertenecen a culturas distintas a la de occidente, de eso no hay duda.

Ahora bien, si nosotros latinoamericanos somos un espejo de occidente, vale la pena recordar que España y Portugal son una versión muy peculiar de la civilización occidental. A diferencia de sus rivales: --ingleses, holandeses y franceses--, los españoles y los portugueses estuvieron dominados durante siglos por el islam. Pero hablar de dominación es engañoso; el esplendor de la civilización hispanoárabe todavía nos sorprende y esos siglos de lucha fueron también de coexistencia íntima y mutua influencia. Y nuestros idiomas, el portugués y el español, están plagados de palabras que dan pleno testimonio de esta intimidad. Palabras de uso tan corriente como: almohada en español, almofada en portugués; Zapato en español, sapato en portugués, Naranja en español y laranja en portugués, entre muchísimas otras. El elemento árabe fue, después del latino, el más importante del vocabulario español hasta el siglo XVI. En la actualidad nuestro idioma posee 4.000 vocablos de origen árabe. Hasta el siglo XVI convivieron en la península ibérica musulmanes, judíos y cristianos. Es imposible comprender la historia de España y de Portugal, así como el carácter en verdad único de su cultura, si se olvidan estas circunstancias. La fusión entre lo religioso y lo político, por ejemplo, o la noción de cruzada, aparecen en las actitudes ibéricas con una coloración más intensa y viva que en los otros pueblos europeos. No es exagerado ver en estos rasgos las huellas del Islam y su visión del mundo y de la historia.

Desde Montaigne se habla de los horrores de la conquista (que fueron abundantes); pero para ser justos, y a esto nos animaba Octavio Paz, tendríamos también que recordar las admirables creaciones americanas de España y Portugal. Fundaron en América sociedades complejas, ricas y originales, hechas a la imagen de ciudades que construyeron, a un tiempo sólidas y elegantes. Un buen ejemplo de esto son la ciudades de Cartagena de Indias en Colombia, y las mexicanas Veracruz y Ciudad de México. Perfectos espejos de la gran España. Enrique Vila Matas habla de la literatura portátil. Gabriel García Márquez afirmó una ocasión que se sentía Latinoamericano de cualquier país. Yo he llegado a comprender profundamente estas palabras del premio Nobel. Soy colombiana de cualquier país ibérico o americano. Y las lenguas de España y Portugal han sido y seguirán siendo mi patria portátil.